



UNIVERSIDAD BÍBLICA
LATINOAMERICANA
PENSAR • CREAR • ACTUAR

BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS

LECTURA SESIÓN 3

CT 111 HISTORIA Y TEOLOGÍA DE LA SALVACIÓN

Janthial, Dominique. “El consuelo de Sión: del Siervo a los siervos (Is 40-55). En *El libro de Isaías o la fidelidad de Dios a la casa de David*, 39-44. Estella: Verbo Divino, 2008.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

El consuelo de Sión: del Siervo a los siervos (Is 40-55)

Un anuncio consolador (Is 40-46)

La misión de los discípulos del profeta. Después del relato del cap. 39, las expectativas del lector son máximas: Dios acaba de anunciar la peor catástrofe del Israel bíblico por boca de un profeta cuyo nombre significa sin embargo «Dios salva». ¿Qué sucede ahora con este profeta?: contrariamente a los reyes Ajaz e incluso Ezequías, cuyas respectivas muertes son mencionadas en el libro (14,38; 38,1), la mención de la de Isaías no figura en ninguna parte. Pero, en el fondo, ¿qué importa el profeta? Lo que cuenta es la «palabra de nuestro Dios» de la que es portador, porque ésta «subsistirá para siempre» (v. 8).

Sólo queda que, en este principio del cap. 40, situemos verosímilmente al otro lado la existencia del Isaías histórico, como indica la mención del «doble castigo» ya cumplido. Este doble castigo evoca en efecto para el lector la desaparición «de la casa de יהוה y de la casa del rey» (2 Re 25,9), es decir, el saqueo de Jerusalén por Nabucodonosor en el 587. Es por tanto a un discípulo-oyente, emparentado con el lector, al que se dirige, desde el primer versículo del capítulo, la voz de Dios («Consolad, consolad a mi pueblo»): se hace eco de la invitación ya dirigida en el díptico de apertura de la segunda parte: «Fortaleced las manos debilitadas, afirmad las rodillas vacilantes» (35,3).

En definitiva, los discípulos de Isaías, asimilados a los lectores de su libro, son llamados a desempeñar el pa-

pel del Isaías de la época de Ajaz y de Ezequías que conforta al rey en una difícil situación. Pero, contrariamente a aquel que en el Templo había visto que le confiaban la misión de «endurecer el corazón de ese pueblo» (6,10) hasta que ese endurecimiento acabara en la catástrofe que él mismo tuvo que anunciar a Ezequías, por el contrario los lectores/discípulos deben «consolar» a ese pueblo y «hablar al corazón» de Jerusalén para anunciarle que el plazo fijado entonces ya se ha cumplido (cf. 6,11).

יהוה defiende la credibilidad de su palabra. El oráculo se despliega entonces en siete capítulos que entrecruzan sus temas al modo de una orquestación sinfónica. Como respuesta a la pregunta planteada en el v. 6 («¿Qué tengo que proclamar?»), el lector se entera allí por sucesivas aproximaciones de la naturaleza de la proclamación consoladora. El doble castigo (destrucción del Templo, desaparición de la dinastía) crea en efecto un doble vacío, pero sobre todo parece estar en contradicción con las promesas de Dios a David (2 Sam 7). Por tanto, no son solamente las instituciones de Israel las que son sacudidas, sino que es la credibilidad de la palabra de יהוה la que se pone en cuestión.

Es este último punto el que importa tratar en primer lugar. Por eso el oráculo apela a la memoria del lector con una cuádruple interpelación: «¿Es que no sabéis?, ¿no habéis escuchado?, ¿no se os ha anunciado desde el principio?, ¿no habéis comprendido quién puso los cimientos de la tierra?» (40,21). Este tema del «anuncio» hecho «desde el principio» corre a lo largo de los

caps. 40-46. ¿De qué se trata? ¿Cuál es este «anuncio» sino el que el profeta Isaías fue encargado de hacer mediante sus oráculos relativos sucesivamente a la llegada del asirio (7,17), después a su derrota (10,25) y finalmente a la caída de Jerusalén ante Babilonia (39,6)?

En el momento de la derrota asiria, la voz de Dios ya se había hecho escuchar para subrayar el cumplimiento de las profecías: «¿No has escuchado lo que había fijado desde lejos? Lo he creado desde los días antiguos, y ahora lo llevo a cabo...» (37,26). Aquí se escucha esta misma voz para anunciar de nuevo: «He aquí que las primeras cosas han sucedido, en cuanto a las nuevas, las anuncio antes incluso de que ocurran» (42,9). En ningún momento en el libro el «yo» divino había estado tan presente; como si YHWH quisiera comparecer en persona frente a Jacob/Israel, que -consecuencia del Exilio- afirma: «Mi camino está oculto a YHWH, mi derecho escapa a mi Dios» (40,27; cf. 43,26).

Un nuevo orden institucional. Progresivamente, el oráculo nos desvela el nuevo orden de las cosas relativas al Templo y a la dinastía. Aunque no se haya dicho nada del Templo propiamente hablando, sus fundamentos doctrinales se han establecido. En el oráculo de Natán a David, que declaraba su intención de construirle una casa, Dios hacía responder que no tenía ninguna necesidad de ello. Aquí, YHWH recuerda que «habita sobre la bóveda que cubre la tierra» (40,22). Por tanto no se trata ni de una habitación ni siquiera de un lugar de culto, pues «el Líbano no bastaría para la leña del fuego ni sus bestias para el holocausto» (40,16).

Ya no se trata del rey davídico. Aunque el título «mi siervo», que había calificado sucesivamente a Isaías (20,3), Ezequías alias Eliaquín (22,20) y David (37,35), se le con-

cede ahora a Jacob/Israel. Y en seis ocasiones YHWH dirige a este siervo la exhortación «No temas», que, en el orden antiguo, había sido dirigida sucesivamente a Ajaz (7,4) y después a Ezequías (37,6). Además, Dios le promete: «Yo extenderé mi espíritu sobre tu descendencia, mi bendición sobre tus renuevos» (44,3). Asistimos a una potencial ampliación de la dinastía con las dimensiones del pueblo entero, curado finalmente de su endurecimiento (42,18). Una dinastía que finalmente se pondría al servicio del designio de Dios.

La función del siervo. Pero, en el fondo, el siervo presentado en estos capítulos ¿es realmente una figura regia o una figura profética? Algunos rasgos acreditan la primera hipótesis, especialmente cuando es presentado como el «juez» llamado conforme a la «justicia» y sobre el que «descansa el Espíritu» (42,1-6): en efecto, todo esto le relaciona con el vástago de la raíz de Jesé (cap. 11). Por el contrario, cuando se le designa como «testigo» del verdadero Dios, cuya palabra hace lo que dice (a diferencia de los ídolos), y cuando YHWH se dirige a él llamándolo su «mensajero» y declara: «Yo doy pleno valor a la palabra de mi siervo» (44,26), el siervo aparece como profeta.

En definitiva, ¿acaso el siervo no es un rey capaz de discernir al modo del profeta Isaías de los tiempos antiguos -y a diferencia de los reyes davídicos- que los reyes de las naciones (Senaquerib, Nabucodonosor y ahora Ciro) no son más que instrumentos en manos de Dios (45,1)? A este respecto, el hecho de que Ciro sea llamado «Ungido» (o «Mesías») puede extrañar, pero esto viene a desmitologizar a los reyes davídicos, como cuando el relato ponía en paralelo a Ezequías y Senaquerib: lo que cuenta ante todo es la capacidad de ser «el hombre del designio» de YHWH (46,11).

Angustia para Babilonia, consuelo para Sión (Is 47-52)

Que no se enorgullezca Sión. A partir del cap. 47 el tono cambia, no solamente con respecto a Babilonia, cuya pérdida es declarada, sino también, en el cap. 48, con respecto a la casa de Jacob. La queja de Dios contra Babilonia es sensiblemente la misma que la que se hacía contra los asirios (especialmente en los caps. 10 y 37) y ya contra el rey de Babilonia en el cap. 14; Babilonia, que es el instrumento utilizado por YHWH para castigar a su pueblo, se ha enorgullecido hasta expresarse como Dios: «Yo y sólo yo» (47,10; cf. 46,9). El castigo que se abate enlaza entonces con el que había sido anunciado en el oráculo contra el rey de Babilonia: «De Babilonia borraré su nombre y sus huellas, su descendencia y su posteridad» (14,22; cf. 47,9). Esta vez el anuncio va a resultar efectivo: después del cap. 47 ya no se hablará más de Babilonia en el libro. Sión permanece, Babilonia no es más que una peripecia de la historia.

Pero, lo mismo que en el cap. 10, donde la casa de Jacob no podía alegrarse demasiado rápidamente de la funesta suerte infligida por YHWH a sus enemigos, aquí el oráculo prosigue con el mismo tono, aunque dirigido esta vez a la casa de Jacob: «Escuchad esto, casa de Jacob» (48,1; cf. 47,8). Porque su crimen («llamarse a sí mismo con el nombre de Israel»), sin llegar a la gravedad del de Babilonia, es igualmente un olvido de Aquel que es el único que puede dar un nombre y una descendencia: en efecto, Dios se sitúa como *go'el* de su pueblo. Ahora bien, el *go'el* es aquel que asegura una descendencia a su pariente próximo muerto sin hijos (48,18-20).

El Siervo, «luz para las naciones». Surgido de ese pueblo «rebelde desde el seno materno» (48,8), he

aquí que vuelve a la escena la figura de un siervo al que YHWH ha llamado «desde el seno materno» (49,1), y cuyos rasgos se vuelven a partir de estos momentos más individuales que colectivos. Surgido del pueblo, reconoce, contrariamente a los rebeldes, que su «derecho lo esperaba de YHWH» (49,4). En cuanto a su función, consiste no sólo en llevar a Jacob hacia YHWH, sino también, en la línea del designio divino expresado en la visión inaugural del cap. 2, de ser «luz» para las naciones (en 42,6 era todo Israel). Igual que en el cap. 8, el siervo/«discípulo» (50,4) se distingue, pues, del pueblo, y trata de reunir en torno a él una pequeña comunidad semejante al grupo del «nosotros»: «¿Hay entre vosotros alguien que tema a YHWH, que escuche la voz de su siervo?» (50,10).

Sión, madre de hijos-constructores. Mientras que el Siervo se expresa desde el cap. 49 en primera persona, citando en este caso la palabra de YHWH relativa a él, he aquí que el oráculo se dirige ahora a la figura femenina de Sión, presentada como la madre del «hijo» del que ha sido privada durante un tiempo. Peor aún, sus hijos han sido vendidos mientras que ella era repudiada. Pero Dios la ha consolado, ahora ya ha pasado todo (el verbo «consolar», que había desaparecido desde 40,1, reaparece) y sus hijos e hijas vuelven a ella. Ahora bien, alternando con estos oráculos formulados en femenino singular se escucha igualmente una arenga en plural: «Escuchadme, los que buscáis justicia, los que buscáis a YHWH» (51,1).

Son justamente esos «hijos» a los que se dirige esta arenga, hijos de Abrahán y Sara, pero también hijos de Sión (51,4). Estos «hijos» deben ser formados, lo mismo que el Siervo, para escuchar, a fin de colaborar con el plan que Dios expresa en los mismos términos

que los de la visión inaugural: «De mí saldrá la ley y mi juicio iluminará a los pueblos» (51,4; cf. 2,3-4). Estos hijos-siervos son también los que reconstruyen Sión (contrariamente a los otros hijos, que no le fueron de ninguna utilidad), por tanto están llamados a cumplir una función que antaño competía a la monarquía davídica. Su acceso a la realeza pasa no obstante por la exaltación de la figura singular «del» Siervo, que aparece por última vez en el libro en el largo poema que se suele llamar el «cuarto canto del Siervo» o «canto del Siervo sufriente».

El Siervo verá una descendencia (Is 52,13-55,13)

El Siervo será enaltecido. La manera en la que Dios describe la suerte de «su siervo» en 52,13 («Será enaltecido, elevado, exaltado») no puede dejar de sorprender al lector. En efecto, los adjetivos «alto», «elevado» y «exaltado» (heb. *ram* y *nisa'*) habían sido utilizados para denunciar el orgullo de los jefes, que se glorifican a sí mismos (2,12-15), olvidando al único y verdadero Rey, que aparecía ante el vidente en el Templo sentado en un trono «alto» y «elevado» (6,1).

La sorpresa del lector se corresponde por otra parte con la de las muchedumbres, primero aterrizadas (52,14) y después maravilladas (52,15). Ahora bien, el desprecio de la muchedumbre con respecto al siervo procede de que juzga al hombre por su apariencia. Todo esto recuerda de hecho el relato de la unción de David por el profeta Samuel. Este último, al ver a Eliab y su «elevada» estatura, lo toma como el mesías de YHWH, pero Dios le dice: «No tengas en cuenta su apariencia ni su elevada estatura... Los hombres ven lo

que salta a la vista, pero YHWH ve el corazón» (2 Sam 16,7). El paralelo entre la elección de David y la exaltación del siervo queda enriquecido aún por un detalle léxico. La extraña palabra que sirve para describir la apariencia del siervo («una corrupción» de hombre, heb. *mishhá*) es muy parecida en hebreo a aquella con la que Samuel, en su error, califica a Eliab: «El mesías [*mashiah*] de YHWH» (1 Sam 16,6). Por tanto, el redactor ha recurrido una vez más a la ironía para criticar severamente el credo mesiánico tradicional: YHWH lo hace nuevo todo y los reyes cierran la boca.

El fundador de una nueva dinastía. Es entonces cuando el grupo del «nosotros» entra en escena, confesando también él su desprecio: «No tenía belleza ni esplendor en que pudiéramos fijarnos, ni la apariencia que buscábamos» (53,2). Sin embargo, «como raíz en tierra árida», ¿acaso el siervo no recuerda la «raíz de Jesé, que se levantará en ese día extendiéndose a los pueblos» (11,10)? Además, lo mismo que el renuevo de Jesé, el Siervo hará resplandecer la justicia.

Su suerte evoca también la de Ezequías durante su enfermedad: lo mismo que él, «es rechazado por su generación», «arrancado de la tierra de los vivos» (53,8; cf. 38,11). Pero mientras que Ezequías estaba preocupado sobre todo por su suerte y la de su descendencia, el Siervo lleva la del pueblo. A este respecto resulta iluminador leer el canto teniendo en cuenta la diatriba que inicia el libro (1,1-9): «enfermedad», «herida», «pecado», «rebelión», todos los males del pueblo enumerados en esta diatriba se cargan ahora al Siervo. Sin embargo, en él no se encuentra esa «violencia» tan característica de los hijos de Adán (Gn 6,11-13) ni el «fraude» del que dan muestra Jacob y sus hijos (Gn 27,35; 34,13).

Por eso, contrariamente a lo que sucede con Ezequías, figura regia imperfecta, el Siervo ve cómo Dios le asegura no sólo «una prolongación de sus días», sino también «una descendencia». Se ponen así los fundamentos de una nueva dinastía que reemplazará a la dinastía davídica, incapaz de poner en práctica el plan de YHWH.

Sión y los hijos-siervos. Se invita a Sión a acoger esta nueva dinastía con alegría (54,1). Ezequías se lamentaba comparando a Jerusalén asediada con una mujer dando a luz: «Hijos se presentan a la salida del seno materno, y no hay fuerzas para dar a luz» (37,3). El grupo del «nosotros» confesaba: «Nos retorcimos de dolor, pero dimos a luz viento» (26,18). Aquí, «la que no ha dado a luz... ni ha sufrido los dolores» es invitada a acoger «una descendencia» tan numerosa que debe «ampliar el espacio de su tienda y extender las lonas de sus moradas».

La pareja «tienda/morada» evoca la época anterior a la construcción del primer Templo, a propósito de la cual YHWH declaraba por boca del profeta Natán: «¿Acaso me vas a construir una casa para que yo habite en ella?... Hasta hoy he caminado bajo una tienda y al abrigo de una morada» (2 Sam 7,6). La situación es aquí la misma que cuando Natán visitó a David: ciertamente se habla de construir (54,12), pero lo que cuenta es en primer lugar establecer una casa de carne, una dinastía.

Igual que en el cap. 50, YHWH se presenta como el esposo de Sión: durante un tiempo la había abandonado, pero ahora quiere renovar su alianza con ella. Él es el padre de sus hijos y, paradójicamente, estos «hijos» son también la descendencia prometida al Siervo, puesto que, por primera vez en el libro, la palabra «siervos» aparece en plural para designarlos (54,17).

Por último, estos hijos son «discípulos», como el Siervo (50,4) y como aquellos en quien el profeta había «encerrado la atestación» y «sellado la instrucción» (8,16). Pero ¿qué es del grupo del «nosotros» constituido en torno al profeta en el cap. 8?

Renovación de la alianza. Es precisamente al grupo del «nosotros» –grupo que incluye a los discípulos, los siervos e incluso potencialmente a los lectores– al que se dirige la invitación de YHWH: «Vosotros, los que tenéis sed, venid a por agua». Y he aquí que estos invitados se convierten en destinatarios inesperados de una renovación radical de las promesas hechas a David («Tu casa y tu realeza permanecerán para siempre» [2 Sam 7,16]): «Concluiré con vosotros una alianza perpetua, conforme a los beneficios permanentes concedidos a David» (Is 55,3).

Así se empieza a dar una respuesta a la dolorosa cuestión de la fidelidad de YHWH a sus promesas, y el lector descubre de qué manera «los pensamientos [de YHWH] son altos en relación con los pensamientos [de los hombres]» (55,8). Aunque la casa de David se ha mostrado incapaz de servir al plan de YHWH, éste consigue no obstante ser fiel. En efecto, nada impide que la casa del Siervo pueda incluir la de David (por eso Sión es invitada a ampliar el espacio de su tienda). El propio lector es convidado a formar parte de ella, puesto que la exhortación hecha aquí a «buscar a YHWH» (55,6) redobla la presente en el díptico de apertura de la segunda parte: «Buscad en el libro de YHWH y leed» (34,16).

La fidelidad de Dios se lee a través de las «señales». Echando la vista atrás, el lector puede efectivamente volver a trazar todo el desarrollo de la cuestión davídica a través de los empleos de la palabra «señal»:

- Is 7,11,14: Ajaz rehúsa pedir una señal, se le da una a la casa de David: el anuncio del nacimiento del Emmanuel.
- Is 37,30: se le dan signos a Ezequías que indican la liberación de la ciudad y su milagrosa curación, pero cuando pide una señal para subir a la casa de YHWH (38,22), no se le da ninguna respuesta, a no ser la llegada de los babilonios.

- Is 55,13: la descendencia de Israel procura a YHWH un «nombre», y eso constituye «un signo perpetuo que jamás será borrado».

Ahora que la nueva dinastía está así sólidamente establecida, puede volver a tratarse del Templo (que había desaparecido del libro desde el paso en falso de Ezequías) conforme al orden de prioridades que Dios ya había impuesto a David (2 Sam 7).

La casa nueva (Is 56–66)

Casa de oración y purificación de la casa de Jacob (Is 56–59)

El nuevo Templo. Estará basado en el derecho y la justicia. La palabra «salvación», presente en 56,1, señala al lector que llega a una nueva fase en la exposición del plan de YHWH. En efecto, si al profeta cuyo nombre significa «YHWH salva» le tocó anunciar a Ezequías la doble desaparición de la dinastía y del Templo, le corresponde al libro situado bajo su autoridad desvelarnos progresivamente cómo YHWH confirma su fidelidad a estas dos instituciones. «Mi salvación está a punto de llegar y mi justicia de desvelarse» (56,1).

Ahora que la dinastía del Siervo ha sido sólidamente establecida, es el turno de que el Templo nuevo haga su entrada en el libro, dando por sentado que sus fundamentos son el «derecho» y la «justicia», practicados por los siervos (54,17; cf. 56,6), como se había anunciado en el Panorama inaugural: «Sión se salvará por el derecho y los que vuelvan por la justicia» (1,27).

Este «derecho» y esta «justicia» sobre las que se basa la casa nueva corresponden a la puesta en práctica del deseo de YHWH, tal como era presentado en la Visión inaugural del cap. 2: hacer que toda la humanidad acuda a su casa. La única condición para ser admitido es entrar en la alianza de los siervos, cuya señal es el sábado. Incluso el eunuco y el extranjero, todo «hijo de Adán» tiene potencialmente acceso a la «montaña santa», a esa casa que será llamada: «Casa de oración para todos los pueblos» (56,7).

La verdadera paz. La paz, puesta en peligro por los malvados jefes, se obtendrá gracias al «justo». Según una secuencia idéntica a la del cap. 2, la visión de la salvación va seguida inmediatamente por una diatriba contra aquellos que retrasan su cumplimiento: los jefes que no saben en absoluto «discernir» sobre la materia. La exclamación que se les atribuye («Mañana será como hoy, el resto será abundante») recuerda por su presunción y su ceguera la de los «jefes de Sodoma»: «Si YHWH Sabaot no nos hubiera dejado un resto...» (1,9).